



# Prólogo

---

# Relatos con mucho gusto

Juan José Téllez

**S**i no cabe duda que alimentarse no es sólo una de las pasiones sino una de las obligaciones humanas, tampoco debe parecer tan extraña su presencia temprana en la literatura. Mucho antes de Pantagruel, la memoria oral del mediterráneo y los relatos que recorrían la edad media en tiempos de peste, nos hablaban del garum de la antigua Roma o de las piezas de caza que llenaban los bodegones de las cortes frente a la hambruna de los comedores de patatas. Por no mencionar las novedosas mudanzas gastronómicas que trajo desde Bagdad hasta Al Andalus aquel músico, poeta y árbitro de la elegancia al que la historia conoce por Ziryab, el pájaro negro.

La modernidad no nos dejó sin huellas literarias de las mesas y manteles de siglos posteriores, desde las novedades indudables que aportó a Europa y a América la carrera de Indias a los primeros recetarios del siglo XVII. El escritor

---

---

gaditano Manuel Jesús Ruíz Torres acaba de publicar un brillante ensayo sobre la gastronomía en el Cádiz de las Cortes que ya había descubierto el cazón en adobo y que contaba con muchas más freidurías que hoy: “*Esta cocina –acotano era, por supuesto, la misma para todos. Coexistían en Cádiz una clase social muy rica e ilustrada, comerciantes y navieros que habían hecho sus fortunas negociando con América, y una amplia masa de jornaleros, que sólo cobraban por día trabajado, con sus salarios congelados desde finales del siglo XVIII*”. En ambas, mandaba el pan. Y lo siguió haciendo hasta el estado del bienestar y la cocina dietética. Manuel Chaves Nogales cuenta como en la Rusia de los primeros bolcheviques podían cambiarse alhajas y vidas humanas por un mendrugo.

Y es que no es lo mismo que escriba sobre cocina un hambriento que un ahíto. La última posguerra civil española está llena de ejemplos, desde la narrativa a la copla o incluso los tebeos, que nos aproximan al imaginario utópico de quien canturreaba “*Cocidito madrileño*”, participaba en la picaresca de “*La Colmena*” de Camilo José Cela o se sentía identificado en aquel Carpanta que tan sólo ansiaba mover el bigote. Faltaba todavía mucho para que nos solazáramos con las sugerencias gastronómicas de Manuel Vázquez Montalbán o de su cómplice Andrea Camilleri.

Y es ahí en donde se sitúa el *I Certamen de Cuentos Gastronómicos* convocado por la Antigua Abacería de San Lorenzo y el restaurante Torrepavas, que regentan Ramón López de Tejada y María del Carmen Vázquez Colchero. Ella actuó como secretaria de un jurado del que formé parte junto con Francisco Correal y José Manuel Gómez y Méndez y que presidió Javier Pérez Royo.

De entre los originales presentados –entre los que figuraba un ingenioso, brevísimo pero contundente relato pintado por una niña de cinco años a la que le gusta la pizza–, destacamos dos. En ambos, quedaba patente de nuevo que la gastronomía podría interpretarse como un reflejo de otras emociones humanas.

Sucedía, desde luego, en las páginas de “*Amaro, el cocinero sensible*”, que envió la onubense Mariluz Amoedo Bermúdez, y que obtuvo el segundo premio con una reflexión en torno a la ternura. O en las de “*La cólera de las zanahorias*”, que ganó el certamen con una propuesta antípoda, la de la revancha de cinco tenedores entre dos cocineros: su autor, Miguel Paz Cabanas (Sestao, 1963) reside en León y ha publicado con anterioridad la colección “*Cuentos crueles para leer tumbado en la cama*”.

---

---

Ahora, el lector que lo desee puede devorarlos ante la pantalla del ordenador o en el primer e-book que no se come. Las nuevas tecnologías, a este paso, nos impedirán tragarnos las hojas de los libros prohibidos cuando en el futuro venga la policía a detenernos por semejante trasgresión. Pero ese albur, al contrario que los textos que aquí se ofrecen, ya no guardará relación con el gusto sino todo lo contrario.

---